

Enrique
Martínez Lozano

Guía para volver a casa

Comentario al Evangelio de cada día

Ciclo A - 2016/2017



ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO

GUÍA PARA VOLVER A CASA

Comentario al evangelio de cada día
(Ciclo A - 2016/2017)

DESLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2016

ÍNDICE

Introducción	7
Tiempo de Adviento	9
Tiempo de Navidad	39
Tiempo Ordinario	57
Tiempo de Cuaresma	111
Tiempo de Pascua	164
Tiempo Ordinario	218
Índice de las lecturas evangélicas	412

INTRODUCCIÓN

Al libro que recogía los comentarios al evangelio de cada día del Ciclo “C” (2015-2016), creí adecuado titularlo: “*Otro modo de leer el evangelio*”. Con ello no quería apostar por ningún afán de novedad; intentaba, sencillamente, leer el texto evangélico desde la perspectiva no-dual, en el convencimiento de que la misma resulta un “idioma” mucho más adecuado que el modelo mental de cognición, caracterizado por la (errónea idea de la) separatividad y la objetivación. En la presentación de aquel libro –así como en otras publicaciones anteriores–, justificaba tal afirmación¹. A ellas remito para comprender lo que en esta se da por supuesto.

El título de este nuevo comentario, relativo al Ciclo “A” –que no puede ser sino complementario del anterior–, busca explicitar, tanto el *objetivo* de la lectura, como el *ángulo* desde el que quiero hacerla.

Me parece claro que, en cuanto *libro de sabiduría*, superadas ya las lecturas literalistas y moralizantes que lo convertían, respectivamente, en un conjunto de anécdotas del pasado o en un código ético, lo que busca el evangelio solo es una cosa: *ayudar a ver*. La misma *metanoia* (conversión) de la que hablará Jesús no es sino una invitación a mirar desde “más allá de la mente”.

Ahora bien, *no se puede ver si no se crece en consciencia*; crecimiento que, en las tradiciones espirituales, se ha designado como “despertar”. Si tenemos en cuenta que todo se ventila en la *comprensión*, no puede haber objetivo más importante que el de comprender quiénes somos y qué es lo real. Es a lo que quiere llamar el grito de Tagore, que encabeza este escrito: “*¡Despierta! ¡Sé consciente!*”.

Me acerco, pues, al evangelio, como una palabra que me llama a vivir consciente y a ir despertando a la verdad de lo que somos. Pero esa “verdad” no es ninguna creencia, ningún concepto, que nuestra mente pudiera atrapar. *La verdad es una con la realidad* y, por lo tanto, con lo que nosotros mismos somos en profundidad. Es decir, la verdad coincide con *nuestra casa*.

De hecho, únicamente llegamos a “nuestra casa” cuando, superando los engaños en los que nos hemos enredado, despertamos a la comprensión de lo real. Pero *esa comprensión no es el resultado*

1. *Otro modo de leer el evangelio. Comentario al evangelio de cada día (Ciclo “C”, 2015-2016)*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2015. He desarrollado la necesidad de pasar del modelo mental al modelo no-dual en *Otro modo de ver, otro modo de vivir. Invitación a la no-dualidad*, Desclée De Brouwer, Bilbao ²2014; y lo he aplicado a una relectura de los principales contenidos cristianos en *Cristianos más allá de la religión. Cristianismo y no-dualidad*, PPC, Madrid ²2015.

de un proceso conceptual o de un razonamiento mental, sino que ocurre, por el contrario, en el silencio de la mente. La razón es sencilla: el Silencio disuelve el engaño de la separación. Aquietando la mente, salimos del bucle en el que ella se instala, y accedemos al “conocimiento silencioso”, del que han hablado siempre los sabios y los místicos.

Porque no podemos conocer “nuestra casa” pensando –alcanzaríamos, si acaso, un *concepto* de la misma–, sino únicamente habitándola de una manera consciente. Y, al hacerlo, nuestro primer descubrimiento es sorprendente: ya somos y siempre hemos sido *Eso* que andábamos buscando. Pero nuestra ignorancia –sueño– nos impedía reconocerlo.

Nos hallamos inmersos en una curiosa paradoja: somos plenitud, pero nuestra mente nos piensa como carencia; somos ya la casa que nuestra mente busca fuera. A falta de consciencia, nos vemos reflejados en aquella oración de Isabel de la Trinidad: “*Señor, si tú estás en todas partes, ¿cómo me las arreglo yo para estar siempre en otro sitio?*”. La confusión nace del hecho de que nuestra mente hace una lectura reductora y por tanto errónea de lo que somos. Y la paradoja se resuelve en cuanto comprendemos el equívoco y nos reconocemos uno con la Vida, uno con lo que es, consciencia atemporal e ilimitada.

De lo dicho se desprende que “crecer en consciencia” o “despertar” consiste en reconocer “nuestra casa”, en descubrir, experimentar y vivir nuestra verdadera identidad; en responder *existencialmente* a la pregunta humana por antonomasia: *¿quién soy yo?*

Confío en que ahora pueda entenderse el título de estos comentarios, que comprenden y leen el evangelio como una *guía para volver a casa*, en la certeza, sin embargo, de que nunca nos habíamos alejado de ella.

Desde esta perspectiva, quiero acercarme al evangelio de cada día como un *recordatorio* que me dice: “¡Despierta! Reconoce tu casa y permanece en ella. No olvides tu verdadera identidad. Vive en conexión con ella”.

Y esto es lo que, día a día, quiero compartir con los lectores: la palabra que haga crecer nuestra comprensión y nos “traiga”, una y otra vez, a la “casa” de la que nunca nos habíamos alejado.

Esa “casa” no puede nombrarse adecuadamente, porque es más grande que todos los nombres y todos los conceptos. Pero hay palabras que apuntan en aquella dirección: consciencia, presencia, espaciosidad, plenitud, Ser, Dios... En los evangelios sinópticos se nombra, con frecuencia, como “Reino de Dios”, y en el de Juan, como “Vida”.

Esa “casa” es solo una –lo Real es uno– y compartida. Todos estamos en ella. Solo necesitamos caer en la cuenta: cuando eso ocurre, pasamos de la oscuridad a la luz, del agobio a la paz, de la tristeza al gozo, del sufrimiento a la liberación, del egoísmo a la comunión... Cesa la resistencia y se fluye con la Vida; cae la identificación con el ego y nos descubrimos en Casa.

Deseo cordialmente que, día a día, en lo profundo de nuestro corazón, escuchemos la palabra que nos recuerda: “*¡Vuelve a casa!*”. Y que estas páginas, aproximándonos a la sabiduría de Jesús, constituyan una ayuda eficaz en ese despertar compartido.

TIEMPO DE ADVIENTO

27 de noviembre – domingo

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando venga el Hijo del Hombre pasará como en tiempo de Noé. Antes del diluvio la gente comía y bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del Hombre: dos hombres estarán en el campo: a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán y a otra la dejarán. Por tanto estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa. Por eso estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del Hombre”.

Mt 24, 37-44

Iniciamos el año litúrgico, acercándonos al evangelio como “guía para volver a casa”, y ya el primer día nos sale al paso una palabra de alerta: “*Estad en vela..., estad preparados*”. A veces, estas palabras han sido leídas en clave de amenaza. Más que paz, lo que provocaban era inquietud e incluso desasosiego: uno no sabía bien qué tenía que hacer, pero parecía claro que no se podía estar tranquilo. Bajo esa clave, la imagen del ladrón no inspiraba precisamente confianza. Pero *la sabiduría no amenaza*; sencillamente, advierte de las consecuencias que se siguen de determinadas opciones. En este caso, nos recuerda que, si estamos dormidos –en la ignorancia–, nuestra existencia será una ruina, como si nos robaran lo más valioso de la misma.

Frente a ese riesgo, y utilizando la imagen mítica de Noé, la palabra nos da una buena noticia: el “Señor” (o el “Hijo del hombre”) está ya viniendo, aunque no nos hayamos dado cuenta. Pero no se trata de un “Señor” mítico y separado, del que dependiera –de un modo alienante– nuestra salvación; quien está ahí, aunque no hayamos reparado en ella, es nuestra verdadera identidad, nuestra “casa”. No somos personas asustadas que están pendientes de la venida de algún ser poderoso; somos el mismo Ser ilimitado que se hizo presente en Jesús, que se hace presente en cada ser humano, y que puede designarse como “Señor” o “Hijo del hombre”. Somos Plenitud, aunque a veces nos pensemos como individuos carenciados y muertos de miedo.

La religión que habla de un Dios “externo” conlleva el riesgo grave de alienación, al situar nuestra identidad profunda “fuera” de nosotros, en un ente separado. La realidad, sin embargo, es que acceder a la verdad de sí mismo es llegar a la verdad de Dios: el Fondo de lo real es solo uno.

*¿Me permito entrar en contacto con mi verdadera identidad?
¿Añoro la “casa” por encima de cualquier otra cosa?*

28 de noviembre – lunes

En aquel tiempo al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó diciéndole: “Señor, tengo en casa un criado que está en cama parálítico”. Jesús le contestó: “Voy yo a curarlo”. Pero el centurión le replicó: “Señor, ¿quién soy yo para que entres bajo mi techo? Basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes: y le digo a uno «ve», y va; al otro, «ven» y viene; a mi criado «haz esto» y lo hace”. Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: “Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos”.

Mt 8, 5-11

En un plano literal, el relato parece simple: enfermedad, petición de ayuda, disponibilidad de Jesús, fe del centurión en la palabra del Maestro y reconocimiento admirado por parte de este, que concluye con la proclamación de un mensaje universalista, que debía sonar muy extraño al “pueblo elegido”.

Quizás puede advertirse también, en el texto, el interés del evangelista por extender las fronteras de las nuevas comunidades más allá del pueblo de Israel.

Sin negar nada de ello, *en un plano profundo* (simbólico, espiritual) podemos leer nuestra propia vivencia. Hay también en nosotros un “criado”, una dimensión nuestra más frágil, vulnerable o incluso enferma, que está necesitando atención. Para *volver a casa*, necesitamos atender amorosamente nuestra verdad completa, particularmente aquella que nos resulta más “incómoda” o “molesta”; aquella que, tal vez, hemos negado más.

El cuidado de la fragilidad –del tipo que sea– requiere *aceptación y amor*. Una aceptación de toda nuestra verdad –incluidas nuestras resistencias o dificultades para aceptar–, hasta que nos reconciliemos con toda ella. “*Cuando aceptas este momento completamente, cuando ya no discutes con lo que es, el pensamiento compulsivo mengua y es remplazado por una quietud alerta... Es pasar de identificarte con la forma –el pensamiento o emoción– a ser y reconocerte como aquello que no tiene forma, la conciencia espaciosa*” (Eckhart Tolle).

Notaremos que, al *amar lo que es*, caen las resistencias y nuestra actitud se transforma radicalmente. El “Señor” –nuestra verdadera identidad– es capaz de acoger y sanar la parte dolorida que *tenemos*.

Es precisamente la *reconciliación* con toda nuestra verdad la que nos permite experimentarnos en “*la mesa del reino de los cielos*”, junto con todos los seres.

¿Qué realidad de mí necesito aceptar especialmente?

29 de noviembre – martes

En aquel tiempo, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó Jesús: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar”. Volviéndose a los discípulos, les dijo: “¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que oís, pero no lo oyeron”.

Lc 10, 21-24

Jesús estalla de gozo y admiración al hacerse consciente de que el “secreto” de lo Real es percibido por la “gente sencilla”. Y que ese secreto no es otro que la Unidad de todo lo que es: el “Padre” y el “Hijo” son las dos caras de la única realidad, en el eterno movimiento de “darse” y “recibirse”.

Es tal su alegría que busca contagiar a los discípulos, haciéndoles caer en la cuenta de todo lo que son ya capaces de “ver”.

Lo que ocurre es que esto no se ve gracias a la razón ni a sesudas reflexiones –son cosas que quedan “escondidas a los sabios y entendidos”–, sino que se percibe, por el contrario, en el silencio de la mente, porque *solo el silencio mental disuelve el engaño de la separación*: ahí se ancla el “*conocimiento silencioso*”, del que han hablado sabios y místicos.

Dentro de cada uno de nosotros, conviven una persona “sencilla” y una persona “sabia y entendida”. Esta segunda –desde su necesidad de control– tiende a perdernos en razonamientos, cavilaciones, justificaciones... La primera, por el contrario, es abierta a la realidad, prefiere la aceptación al juicio, el amor a la resistencia..., y eso le permite *reconocerse una con la Vida y con todo lo Real*. Progresivamente, cuanto más lo practica, más experimenta que ese es el camino de la sabiduría: la rendición amorosa a lo que es. Como dice Eckhart Tolle, “*los tres aspectos de la verdadera libertad y la vida iluminada son: la no-resistencia, el no-juicio y el desapego*”.

Nuestra existencia fluctúa entre el control y la aceptación-rendición. El primero se activa desde la necesidad de seguridad –creemos que estaremos más seguros cuanto más logremos controlar–, aunque pronto tendremos que reconocer que no controlamos nada. Pero el error de fondo es más grave: *el afán de control nace del engaño que nos hace creernos separados de la vida*. Sin embargo, al reconocer que somos uno con ella, cae la necesidad de control, porque descubrimos que la seguridad no es “algo” que hayamos de conseguir, sino lo que ya somos. Todo se halla a salvo. La actitud sabia es aquella que nos permite ajustarnos a la Vida: la aceptación y rendición profunda a lo que es.

¿Vivo más en el control o en la aceptación?

30 de noviembre – miércoles. SAN ANDRÉS

En aquel tiempo, pasando Jesús junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos, a Simón, al que llaman Pedro, y a Andrés, que estaban echando el copo en el lago, porque eran pescadores. Les dijo: “Veníos conmigo y os haré pescadores de hombres”. Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Pasando adelante, vio otros dos hermanos: Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo su padre. Jesús los llamó también. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

Mt 4, 18-22

Los llamados “relatos de vocación” presentan dos características peculiares: la *prontitud* en la respuesta y la *desapropiación* completa que les hace dejar todo. Sin duda, se trata de relatos estereotipados, colocados además en el inicio mismo de la actividad pública de Jesús, lo cual no parece razonable, ni histórica ni psicológicamente. Sin duda, el proceso tuvo que ser mucho más complejo.

La expresión “pescadores de hombres” alude tanto a la profesión de aquellos hombres como al objetivo de la llamada: ayudar a las personas a vivir, sacándolas de todo aquello que les hace daño (recordemos que, en la Biblia, el mar puede ser sinónimo del mal).

El ser humano es una realidad profundamente paradójica: es, a la vez, “el que llama” y es también “el llamado”. Somos el Ser uno, que toma forma particular en cada una de nuestras individualidades, y somos esta individualidad en forma de “yo personal”.

Cuando logramos estar atentos –a veces, incluso sin estarlo–, escuchamos en el silencio de la mente la “voz” del Ser que nos llama a “dejar todo” y reconocernos en él. Dejar –soltar– las falsas identificaciones y los apegos que nos mantienen encerrados en la ignorancia y que generan sufrimiento constante e inútil.

Somos “llamados” a una sola cosa: a *volver a casa*, la “casa” una y compartida con todos los seres. No somos el “pescador” que está trajinando con sus redes, sino la Vida que, en este caso, “juega” a ser pescador. No soy el “papel” que me ha tocado representar en este inmenso despliegue de formas –el “escenario” del que hablaba Shakespeare, o el “gran teatro del mundo” de Calderón de la Barca–, sino el Actor uno que está detrás de todos los papeles.

La sabiduría se manifiesta precisamente en la no-identificación con la “forma” que la vida ha tomado en nosotros: cuando nos apercebimos de que no somos el cuerpo ni la mente, empezamos a entrar en contacto con nuestra verdadera identidad: hemos llegado a “casa”.

¿Tengo consciencia de ser el Actor o me pierdo en el papel que represento?

1 de diciembre – jueves

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: “No todo el que me dice: «¡Señor, Señor!», entrará en el Reino de los Cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo. El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente”.

Mt 7, 21.24-27

Frente a la tendencia humana (y religiosa) a perderse en palabras y en conceptos, Jesús señala que los “cimientos” son otra cosa y están en otro lugar: en lo que él llama “*cumplir la voluntad del Padre*”.

A veces se nos ha hecho creer que eso consistía en someterse a los mandamientos que prescribía la religión o en ser sumisos a la autoridad, que sería “mediadora” de Dios.

Sin embargo, “*cumplir la voluntad del Padre*” es permitir que la Vida se exprese a través de mí. Lo cual requiere una doble comprensión: por un lado, reconocer que *nuestra verdadera identidad es la Vida misma* y, por otro, percibirnos como “cauce” para que fluya esa misma Vida que somos, de una manera des apropiada.

La mente separa todo y nos hace creer –también porque esa visión es sostenida social y culturalmente– que las cosas son como ella las ve. Al ver la Vida como algo separado de nosotros, la creímos fuera y la proyectamos en una divinidad igualmente separada, que –seguíamos proyectando– debía comportarse como las autoridades a las que estábamos acostumbrados. Por tanto, cumplir la voluntad de Dios equivalía a ser “obediente” a determinados mandatos o normas.

Sin embargo, así planteado, *ese esquema no puede ser sino alienante*, como distorsionada es la fuente de donde nace: la estrecha visión que la mente se hace acerca de nuestra identidad. Por el contrario, basta descubrir que *somos uno con la Vida*, para experimentar la solidez de los cimientos, a prueba de cualquier huracán. Porque *los cimientos no están fuera*, en algún Ente superior, sino que son no-separados de quienes somos.

Se hace así manifiesta una *doble y brillante certeza*: no hay lugar para ningún dualismo (la “voluntad del Padre” no es algo separado de la vida) y no existe ningún “cimiento” fuera (ninguna creencia puede ser fuente de seguridad); no existe seguridad sino en la *aceptación de lo que es*, del mismo modo que no podemos tener otra certeza que la *certeza de ser*.

¿Cuáles son los “cimientos” que me sostienen?

2 de diciembre – viernes

En aquel tiempo, al marcharse Jesús, le siguieron dos ciegos gritando: “Ten compasión de nosotros, Hijo de David”. Al llegar a la casa se le acercaron los ciegos y Jesús les dijo: “¿Creéis que puedo hacerlo?”. Contestaron: “Sí, Señor”. Entonces les tocó los ojos diciendo: “Que os suceda conforme a vuestra fe”. Y se les abrieron los ojos. Jesús les ordenó severamente: “¡Cuidado con que lo sepa alguien!”. Pero ellos, al salir, hablaron de él por toda la comarca.

Mt 9, 27-31

Sin duda, Jesús fue un taumaturgo y poseía poderes de sanación. Lo cual no niega que los relatos que han llegado hasta nosotros hayan “engrandecido” los hechos o, con frecuencia, los hayan convertido en catequesis simbólicas.

Con todo, las narraciones de milagros repiten algunas características: las curaciones nacen de la compasión de Jesús, que vibra ante el dolor y la necesidad de las personas; requieren –como en este texto– de la fe o confianza de quienes las piden (es clásica la fórmula: “*Tu fe te ha curado*”); no buscan espectacularidad ni se presentan como “prueba” de nada, sino que el propio Jesús suele recomendar que guarden silencio...

La condición esencial para *volver a casa* es “ver”. A falta de visión, andamos perdidos en la oscuridad de las ideas hechas, de las convenciones sociales y culturales, de los prejuicios y de las creencias recibidas, de los tópicos habituales y los apriorismos incuestionados...

La oscuridad lleva aparejada la confusión y el sufrimiento: la persona está perdida en la ignorancia acerca de su identidad. Y ese engaño original deforma absolutamente su visión de la realidad. Sin embargo, todavía hay algo peor: *creer que se ve*. En el cuarto evangelio, Jesús dice a los fariseos: “*Si estuvieseis ciegos, no seríais culpables; pero, como decís que veis, vuestro pecado permanece*” (Jn 9, 41). Un ciego empecinado en que ve, no solo no busca ver, sino que incrementará su propia confusión: no logrará salir de su “pecado”, la ignorancia básica.

“Ver” requiere salir del engaño que supone absolutizar la mente y caer en la cuenta de nuestra no-separación con todo lo que es. *Cuando el conocedor se piensa separado de aquello que conoce, ese conocimiento es falso* (es solo un error de percepción). Por eso, solo quien “ve” puede responder adecuadamente a la pregunta “¿quién soy yo?” y puede permanecer todo el tiempo en “casa”.

¿Busco “ver” como si me fuera la vida en ello?

3 de diciembre – sábado

En aquel tiempo, Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando el evangelio del Reino y curando todas las enfermedades y todas las dolencias. Al ver a las gentes se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, “como ovejas que no tienen pastor”. Entonces dijo a sus discípulos: “La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies”. Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia. A estos doce los envió con estas instrucciones: “Id a las ovejas descarriadas de Israel. Id y proclamad diciendo que el Reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. Lo que habéis recibido gratis: dadlo gratis”.

Mt 9, 35-10,1.6-8

La armonía del texto es evidente: tras señalar lo que hace Jesús (recorre aldeas, enseña, anuncia la buena noticia y cura), se añade que el Maestro elige a los Doce para que hagan exactamente lo mismo (anunciar la buena noticia y curar gratuitamente). Y todo ello –su braya el texto– nace de la *compasión*.

El número “Doce” es simbólico y parece aludir al proyecto de “reconstrucción” del pueblo, formado a partir de doce tribus. De hecho, Jesús envía a los apóstoles solo a “Israel”, a quien ve –en línea con la imagen profética– como un “campo a punto para la siega”.

La compasión nace de la comprensión. No tiene nada que ver con la lástima ni tampoco con el voluntarismo. Porque *el amor no es sino la certeza de la no-separación*. “Amor” es lo que la mano derecha siente por la mano izquierda y lo que vivimos cuando (porque) nos sabemos no-separados de nada ni de nadie. *No-dualidad es amor*: quien se sabe uno con todo(s), no podrá no amar.

Se trata, pues, de hacer el “tránsito” de la creencia de que soy un “yo separado” a la certeza de mi (nuestra) identidad una. Esa es la “buena noticia”: el “reino de los cielos” está tan cerca porque constituye en realidad nuestra casa compartida. Y es ahí cuando se hace posible la “curación” de aquellos sufrimientos que nos atormentaban, la “resurrección” de una existencia mortecina y apagada y el “exorcismo” de los demonios que nos tenían encadenados. Ni el dolor, ni la muerte, ni los demonios tienen poder sobre quien se reconoce uno con la Vida.

¿Puedo percibirme como Vida siempre liberada?